

CONFEDERACIÓN E HISTORIOGRAFÍA: DELIMITACIONES ESPACIALES E HISTÓRICAS TRAS LA CONFEDERACIÓN PERUANO BOLIVIANA EN EL PERÚ

Confederation and historiography: spatial and historical delimitations after Peru-Bolivian Confederation in Peru.

Francisco Quiroz Ch.¹

Resumen

El presente escrito muestra cómo tras el fin de la Confederación de 1836 - 1839, la historiografía peruana “patriótica” se hace “nacional”. La consolidación del Perú como país con fronteras delimitadas y con una élite dominante en lo social, económico y cultural que se encuentra a la cabeza de la construcción del Estado Nacional, con una proyección económica hacia nuevos mercados mundiales, colocó al desarrollo de la historia como una prioridad. Así el grupo social dominante, en especial el limeño, necesitaba dar cuenta de una historia antigua y reciente que fuese el nuevo sustento de su identidad como sector hegemónico en el país.

Palabras clave: Confederación Perú-Boliviana - historiografía - Estado nacional - nación Peruana - nacionalismo.

Abstract

This paper shows how after end of 1836 – 1839’s Confederation, peruvian “patricotic” historiography turns in “national”. Consolidation of Peru as a country with delimited boundaries and a predominant social, economic and cultural elite leading National State building, with a economical proyection to newest world market, put history’s development as a priority. So dominant social group, limeño’s specially, needed an ancient and recent history for a new identity support of hegemonic group.

Key words: Peru-Bolivian Confederation - Historiography - National State - Peruvian Nation - Nationalism.

¹ Doctor en Historia. Profesor de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (Lima). Correo electrónico:franciscoquiros@yahoo.com

La historiografía nacionalista va de la mano con la formación del Estado Nacional. Si bien esto es algo evidente, las características concretas de esta relación dependen de la forma, los ritmos y el sentido que asume la construcción de la institucionalidad moderna y, de otro lado, de la tradición historiográfica vigente. Este ensayo busca establecer las imágenes que de la historia peruana se crean luego de la Confederación Peruano-Boliviana por haber sido esta un momento de definiciones importantes acerca de la composición de la nación peruana y de la extensión del territorio que abarcaba su soberanía. Al tiempo de la Confederación, el Perú tenía una larga y complicada tradición historiográfica que, precisamente, empezaba la transición de bases étnicas a nacionales.

La Confederación significa la delimitación espacial “definitiva” del Perú luego de la independencia de 1820-1826. El nuevo Estado necesitaba establecer sus fronteras con los también nuevos países vecinos y este es un proceso que demorará más de dos décadas y costará varios conflictos armados. Sin embargo, si la frontera con la Gran Colombia requirió de una guerra breve, la del sur tuvo que pasar por un proceso más largo y mucho más complejo debido a las relaciones que el Bajo y el Alto Perú mantuvieron a través de una historia milenaria y que en tiempos recientes había sido de unidad política, económica y cultural.

La frontera creada entre el Perú y Bolivia desde 1825 era una frontera “interna”. Era una línea administrativa que había dividido de manera solo formal a las dos partes del país durante tres décadas en las postrimerías del siglo XVIII e inicios del siguiente pero que, con la formación de Bolivia como país independiente, se había convertido en el límite entre dos países soberanos.

El fracaso de la Confederación tal como se planteó en la década de 1830 y la derrota en 1841 de la opción de unidad del Perú y Bolivia que preferían los dirigentes del sur peruano, señalan la consagración de la separación entre los ahora dos países diferenciados que emprenderían la construcción de naciones también separadas.

La derrota del proyecto reunificador significa también una demarcación étnica de mucha importancia para la idea de la nación peruana. El Perú indígena se dividía y buena parte quedaba del otro lado de la frontera, haciendo más fácil la tarea de “blanquear” lo peruano. El centralismo historiográfico vigente desde tiempos coloniales, se encargará de consagrarse esta labor haciendo de la historia nacional peruana un fenómeno costeño y blanco (limeño, más precisamente) como parte del mundo occidental que representaba el progreso en contraposición a lo andino e indígena, sinónimos de atraso.

La tarea de construcción estatal y nacional requería de una representación y legitimación a través de un discurso histórico que diese cuenta de un pasado “común” de la nación en ciernes ahora ya delimitada territorialmente. La historiografía limeño-centrista colonial lega a la historiografía republicana su marcado

centralismo producto del manejo del concepto de patria desde al menos el siglo XVII. La historiografía republicana tardará en remplazar el concepto por el de nación.

Planteamiento

Esta es una historia que busca relacionar los planteamientos historiográficos con las ideas de la patria y la nación peruana teniendo en cuenta la base social y el contexto histórico en que estas ideas se desarrollan. El trabajo se basa en las ideas de Eric Hobsbawm y Terence Ranger² acerca de la creación o invención de imágenes históricas como sustento de tradiciones nacionales, y la noción de nación étnica y nacionalismo étnico, que varios autores han desarrollado posteriormente. En particular, Anthony Smith y James G. Kellas³.

Ambas nociones son útiles pues la historiografía peruana hasta el siglo XX es etno-centrista y en determinados momentos necesita trazar raíces históricas profundas en los Andes cuando se considera que esta apropiación puede hacerse sin peligro de revivir discrepancias sociales o políticas en etnias con mayor derecho a reclamar la tradición invocada. Es decir, sin asumir todas las consecuencias y las responsabilidades del artificio intelectual de apropiarse de una tradición histórica ajena o de eliminar etapas históricas enteras cuando esto favorece una versión determinada.

Historiografía en competencia

La historiografía peruana presenta versiones históricas en competencia entre sí. Esto viene desde antaño, desde los incas o tal vez desde antes. En efecto, las versiones históricas están en competencia, en contraposición, enfrentadas unas a las otras en función de intereses de sus autores y grupos sociales y étnico-culturales en los campos políticos, ideológicos, religiosos, culturales, económicos y sociales. Esto es muy importante para entender el tratamiento de la idea o de las ideas de patria y de nación a partir de la historia. La búsqueda de la hegemonía entre estas versiones históricas hace que su estudio sea fundamental para conocer mejor las tendencias en la formación de la nación peruana en el siglo XIX.

Hasta mediados del siglo XIX, la historiografía peruana se debatía entre dos tendencias claramente diferenciadas basadas en el concepto de patria que se

² Eric Hobsbawm & Terence Ranger (Eds.), *The invention of tradition*, Cambridge University Press, Cambridge, 1983.

³ Anthony D. Smith, *The Ethnic Origins of Nations*, Basil Blackwell, Oxford, 1986 y James Kellas, *The Politics of Nationalism and Ethnicity*, St. Martin's Press, New York, 1991.

manejaba: la versión del Inca Garcilaso de la Vega y la del intelectual y científico criollo limeño Pedro Peralta Barnuevo⁴.

La historia según Garcilaso

La versión histórica garcиласiana se crea a inicios del siglo XVII y consiste en colocar en el centro de la historia peruana al Cusco (*Comentarios reales de los Incas*, 1609; *Historia general del Perú*, 1617). Para él, el Perú es un país con una larga trayectoria histórica que se remonta a los tiempos en que los Incas civilizaron a las tribus de los Andes. Garcilaso genera dos leyendas doradas. Una es incaísta y hace ver a los Incas como gobernantes sabios, virtuosos, piadosos, semi-dioses. Lo único que les faltaba era el conocimiento de las letras y de la verdadera religión, aunque en ambos aspectos estuvieron muy cerca de conseguirlos. La otra leyenda dorada se refiere al papel de los conquistadores-encomenderos españoles que él considera nobles. La suerte del país estaba ligada a ambas vertientes de nobleza (incaica y encomendera) pero la política española había arruinado esta posibilidad al quitar el poder a los encomenderos y a los descendientes de los Incas. La historia futura debía rectificar esta situación.

La historia según Peralta Barnuevo

La versión histórica peraltiana se crea a inicios del siglo XVIII y es el resultado de una larga tradición patriótica centrada en Lima. Un siglo tardaron los criollos en presentar una alternativa coherente a la garcиласiana. Para esto hubo que recurrir a diversos ardides intelectuales: inventarse una geografía privilegiada vinculada a Lima y des-apropiarse de un pasado glorioso prehispánico. Peralta (*Lima fundada*, 1732) resume las grandes materiales e históricas del país desde Lima y hace de la ciudad y los criollos los protagonistas de esa historia. Para él, el Perú pertenece a la civilización occidental y por eso la fundación del Perú español es su partida de nacimiento. La historia futura debía tener en cuenta a los criollos como cogerentes de un país ahora en manos de los Borbones.

Tras las huellas de Garcilaso y Peralta

Las rebeliones del siglo XVIII y las exigencias imperiales españolas para escribir la historia de América hacen cambiar la orientación del discurso histórico, pero se mantienen las ideas de Garcilaso y Peralta aunque modificadas por las nuevas condiciones. Los Borbones hacen de la pertenencia al imperio español el centro de la orientación histórica y esto agrega un nuevo elemento de controversia a los ya

⁴ Francisco Quiroz Chueca, “Clío contra el imperio: Historiografía anglosajona sobre Hispanoamérica en los siglos XVIII - XIX”, *Investigaciones Sociales*, nº 15, 2005.

existentes en la historiografía peruana. La historia debía hacer hincapié en la labor de los virreyes y gobernadores y no en los conquistadores y criollos. Los criollos no aceptan esta versión, pero tras la violencia desatada en las rebeliones es claro que los criollos del Perú se sientan más españoles que andinos en las imágenes que crean del pasado del país que muestran como pasado “común” de su patria.

Los debates generados en torno a la identidad peruana luego de la Gran Rebelión del sur andino en 1780-1783, han de subrayar el legado español tal como lo exigía la monarquía borbónica. En el *Mercurio Peruano* (1791-1795), sin embargo, los “amantes del país” necesitan de la historia para la afirmación de su identidad como criollos peruanos. Además, la ilustración que subyace a las versiones de la historia que presentan, los hace encontrar una trayectoria progresiva de la historia. La apropiación del pasado prehispánico está, entonces, vinculada no a una intención inclusiva de los mercuristas, sino a subrayar el alto grado de civilización que tenía el país en su presente. Los “amantes del país” tenían más elementos culturales en común con los criollos de otras partes del imperio español que con sus compatriotas indios y negros. Hacia 1793 la versión histórica que manejan los criollos está más cerca de Peralta que de Garcilaso. La imagen que prevalece del indio luego de la rebelión es la del salvaje.

Hipólito Unanue (1985) confirma esta tendencia al presentar la historia peruana como iniciada con la conquista española. Unanue hace la historia oficial que la corona española y los gobiernos virreinales en Lima buscan que perdure en el imaginario de los peruanos y es una historia que, en efecto, será retomada ya en el siglo XIX independiente y republicano como parte de la historiografía que busca subrayar una tradición hispanista legitimada con el antecedente incaico.

Una historia en apoyo de la independencia

Las luchas por la independencia incluyen otro elemento al aparecer una imagen negativa del largo período colonial. España y lo español son vistos ahora como representantes de la opresión y las ideas históricas que se manejan durante la lucha harán ver lo perjudicial de la influencia ibérica en la trayectoria histórica. Ya lo había esbozado el jesuita Juan Pablo Viscardo Guzmán en su célebre *Carta a los españoles americanos* de 1798, sin embargo, debido a la ambivalencia de las posturas criollas, en el Perú nunca se llegó a la negación absoluta de la tradición española en tiempos de la Independencia, tal como sí ocurrió en México. La negación del legado español es, sin embargo, solo parte de la justificación del separatismo. Por esto, y a diferencia de México, en el Perú no se genera un “indigenismo” histórico para sustentar la separación política. Más bien, el vacío se intentará llenar con referencias muy vagas a los Incas como gobernantes previos pero como “incas” aparecerán los propios criollos y no los indígenas.

La nueva historiografía republicana

Es interesante señalar que durante más de veinte años, los criollos peruanos fueron incapaces de elaborar una historia que incluyese la gesta libertaria. La ambivalencia señalada es parte de la explicación. Los criollos limeños se separan de España e inician la construcción de un régimen independiente en tiempos en que la población peruana ya se había manifestado, había sido derrotada y se encontraba desmovilizada en un largo “silencio” social.

De otro lado, el Perú entra a la vida independiente con una larga experiencia historiográfica. Desde las historias escritas en el siglo XVI hasta las imágenes históricas que los discursos separatistas y fidelistas manejan en tiempos de la independencia, el Perú es visto como un país milenario, rico y glorioso. Esta visión histórica era suficientemente poderosa como para imprimir confianza al país en su presente y en su proyección hacia el futuro. En realidad, a inicios de la república –aún sin planes nacionales– la historia peruana permite proyectar un futuro promisorio como cumplimiento de la *misión* de la nación.

Será recién luego de la Confederación que las élites peruanas (basadas en Lima) estarán en condiciones de elaborar la historia que necesitaban para justificar, legitimar y representar su “triunfo” en las armas, la política y la economía. Es decir, plasmar en la cultura del nuevo país las reglas de juego que le debían permitir establecer un discurso histórico con pretensiones hegemónicas. Las élites peruanas (en especial, las limeñas) habían destruido la Confederación y poco les interesó secundar la opción anexionista de las élites del sur cuando en 1840-1841 intentan restablecer la unión política de los dos países desde el Bajo Perú. Más bien, sí les interesaba “conquistar” el país a través de un discurso historiográfico que subrayase la hegemonía política, económica, social y cultural de la costa central sobre el resto del país.

La aparición del guano de las islas proporcionó la base material de la consolidación política y cultural que pretendía la nueva élite con base en Lima. El nuevo producto de exportación le permitirá relacionarse de manera eficaz con mercados diferentes a los coloniales. Ahora, son los países europeos las nuevas contrapartes comerciales de una élite cada vez menos andina. El mundo anglosajón es el portador del progreso en las nuevas condiciones económicas, tecnológicas y culturales en general. La élite local no ve la necesidad de modernizarse de manera completa y, antes bien, de la modernidad noreuropea toma solo los cambios que le convienen para garantizar su dominio local. Así, las comunicaciones (ferrocarriles, buques y telégrafo) y las máquinas a vapor para la minería y las haciendas del norte vendrán a representar el progreso que se impone en un mundo que poco se diferenciaba del anterior a 1826.

La república estuvo lejos de ser diseñada como un régimen inclusivo de sectores étnico-culturales y sociales, para ya no hablar de un régimen democrático y representativo. La república busca “homogenizar” a los otros sectores étnico-culturales a través de su incorporación a la cultura occidental dominante gracias a la educación⁵, cuando no simplemente remplazándola por inmigrantes de origen europeo. No debe extrañar, entonces, que se mantenga la tendencia colonial de imponer versiones de la historia de acuerdo a intereses étnico-culturales, además de los sociales y políticos.

Así, luego de la Confederación se consolidan las estructuras resultantes del proceso político, social, económico y cultural que se venía dando desde la independencia. Es decir, se afianza un régimen que distaba de ser burgués, democrático e inclusivo en lo cultural y más bien puede ser visto como oligárquico en sus fundamentos sociales y políticos, precapitalista en lo económico y discriminador de las alternativas culturales.

La aparición y el desarrollo del “modelo” exportador generan el surgimiento de un sector “burgués-oligárquico” que, ahora sí, requiere de un discurso histórico que le dé seguridad en su presente y, sobre todo, en su futuro como conductor de un país que lo sienten ya parte del mundo moderno occidental. Necesita de una historia que muestre la grandeza del país a lo largo del tiempo para sustento de la bonanza que atraviesa gracias al negocio guanero. Y, lo más importante por su carácter urgente, necesita de una historia que sustente su participación en las guerras de independencia y, por consiguiente, lo legitime como el sector social, política y culturalmente hegemónico.

Luego de un largo proceso de identificación según la *patria* en el contexto del imperio colonial español, los ciudadanos de los nuevos países se enfrentan a la necesidad de identificarse a la manera *nacional*. La historiografía moderna y burguesa proporciona una genealogía de la nación capaz de señalar una trayectoria común y continua de los habitantes del país, una historia gloriosa y heroica, aceptada como propia por la población y asumida como parte de su identidad colectiva, una historia marcada por la idea ilustrada del progreso y que apunte hacia el futuro en que la nación debe cumplir una misión que, en casos extremos, se presenta como un *destino manifiesto*.

Pasada la turbulencia separatista y las luchas entre caudillos que reflejaban en parte tendencias regionalistas, Lima necesitaba de una nueva versión histórica que deje de basarse en su lugar en el imperio colonial español y vuelva sus miras hacia otros fundamentos: su modernidad material, su inserción en la civilización

⁵ François - Xavier Guerra y Mónica Quijada (Eds), *Imaginar la nación*, Cuadernos de Historia Latinoamericana, AHILA, Hamburgo, 1994.

occidental y su papel en la gesta libertadora. En este proceso, hasta la década de 1860 no era pensable una historia “nacional” limeño-centrista que se imponga con éxito a las demás.

En efecto, la independencia política deja un vacío significativo en la identidad peruana. El rompimiento deshace un vínculo secular que sujetaba políticamente al Perú a la metrópoli pero que, al mismo tiempo, daba seguridad a los criollos en cuanto a su pertenencia a un país, a una raza, a una cultura, a una religión. Las primeras historias republicanas muestran la necesidad de ampararse en una historia larga para justificar la separación pero también para encontrar raíces que den sustento histórico a una trayectoria “nacional”. En este camino se persigue reconocer tanto lo prehispánico como, sobre todo, lo hispánico para evitar el vacío que podía ser llenado por tradiciones noreuropeas y protestantes diferentes a la española ya conocida y aceptada, pero se reniega de España por representar lo atrasado y ser la causante de los males que se identifican en la historia y que precisamente habían servido de fundamento para la separación.

Producida la independencia, se siente la necesidad de contar con una versión que dé cuenta de la historia de sucesos tan recientes como controversiales. De hecho, en la década de 1840 cuatro textos vindicadores de la historia peruana salen de la pluma del coronel celendino Juan Basilio Cortegana Vergara (1844-1848, inédito hasta hoy), del intelectual cusqueño José Manuel Valdez y Palacios (1844, en portugués), del funcionario José María Córdova y Urrutia (1844 [1845]) y del mayor Mariano Pagador (1848 [1847]).

Lo común en todos ellos es justificar en el pasado el cambio radical que el país ha dado al separarse de una metrópoli con la que había atado por tanto tiempo. No debe extrañar, entonces, que recojan la crítica liberal que sustentó la ruptura con una metrópoli que se consideraba la encarnación del atraso en un mundo que apuntaba definitivamente hacia el progreso material e intelectual. Pero tampoco debe sorprender que la imagen de los incas distase mucho de ser un símbolo integrador. Los cuatro textos son los primeros intentos republicanos por esbozar una historia general del país, pero solo los de Córdova Urrutia y Mariano Pagador son publicados en el Perú y, por consiguiente, solo ellos influyen realmente en las concepciones que se tendrán de la historia peruana. De todas maneras, se presentan –aunque de manera sucinta– las versiones de Valdez y Cortegana por reflejar tendencias historiográficas vigentes en esos tiempos.

José Manuel Valdez y Palacios

Intelectual cusqueño de amplia cultura occidental y tradición familiar rebelde. Por motivos políticos abandona en 1843 el país hacia el Brasil, donde escribe de memoria y publica un Esbozo de la historia que significa la primera historia del

Perú republicano desde una perspectiva “provinciana”. Valdez tiene una visión abarcadora del país en períodos históricos y territorios geográficos.

Valdez divide la historia peruana en tres épocas teniendo a la independencia como el eje articulador de su periodificación: 1) Antes de la independencia; 2) La independencia; y 3) Posterior a la independencia. Esta periodificación es, además de elemental, un índice claro de la concepción que los criollos peruanos tienen de la gesta recientemente lograda como un hito que marca un antes y un después en la larga trayectoria del país. De otro lado, Valdez subraya que el país se compone de tres zonas: el Litoral, las Cordilleras y Valles y, finalmente, los Campos [Selva].

Contrariamente a lo que podría esperarse de un autor cusqueño, Valdez es muy parco en cuanto a las noticias que da sobre el Tahuantinsuyo. Prefiere referirse al período colonial por su importancia para entender y justificar el paso trascendental dado con la Independencia. En la pluma de Valdez, España aparece en un papel negativo por la corrupción, el sistema de monopolios y el oscurantismo pues está convencido que para la prosperidad de un país, la economía necesita principalmente del patrocinio de la libertad. Pero, en realidad, Valdez presta mucha mayor atención al tiempo de la Independencia y la vida republicana. Este tiempo, cronológicamente mucho menor de lo que cubre la primera parte, es central para Valdez pues, como participante en las luchas políticas e ideológicas del momento, la motivación primordial de su escrito debe haber sido dar a conocer su versión de los hechos y, tal vez, “rectificar” otras versiones.

Es claro que para Valdez, la independencia es obra de los criollos en 1821-1824, mientras que –siguiendo una versión que se asienta cada vez más en la imagen histórica–, hace una clara diferencia entre quienes fueron *actores* y quienes solo fueron *precursores*. Para él, Túpac Amaru II, Ubalde y Aguilar, Pumacahua, Farfán de los Godos, los Angulo, Villalonga y Picoaga fueron importantes pero no como “resultado de grandes combinaciones políticas, ni el efecto de la disposición de masas”, sino desesperados como “consecuencia de la opresión llevada al extremo”.

Pero, es fácil advertir que Valdez se centra en hechos ocurridos en el Cusco y la sierra sur. Con esto, resalta que el papel que el Cusco cumple en la historia es muy superior al de la soberbia Ciudad de los Reyes, cuna de la corrupción de las costumbres, origen de la miseria de las naciones según advierte también desde el prefacio.

De otro lado, la teleología de la historia de Valdez pasa por la independencia como una condición del progreso del país. Entre los logros de la independencia, Valdez destaca la ampliación de las posibilidades del goce de la vida, la creación de síntomas de un carácter nacional. La independencia dio, además, importancia a la opinión pública a través de la toma de decisiones y el sufragio.

En resumen, la visión histórica de José Manuel Valdez y Palacios abarca tres épocas, pero lejos está de un enfoque inclusivo. Lo incaico –que alaba en varios pasajes de su obra– no pasa de ser un tiempo previo, una prehistoria en la pluma de un liberal. Sin afirmarlo de manera explícita, Valdez considera que la verdadera historia comienza con la llegada de los europeos y, sobre todo, con la independencia. El mestizaje parece que es el ideal del autor, pero la redención del indio ha de ser tarea del futuro en condiciones de la libertad obtenida. Más que un discurso histórico garcиласista, el de Valdez está más cerca al de Peralta modificado por su liberalismo, su anti-españolismo y su firme creencia en el progreso del país dentro de la modernidad occidental.

Juan Basilio Cortegana

Desde 1844 el teniente coronel Juan Basilio Cortegana Vergara (Celendín 1801 - Lima 1877) escribe una detallada historia del Perú que en trece tomos hasta hoy sigue inédita en la Biblioteca Nacional del Perú. Se trata de uno de los militares peruanos resentidos por la postergación y la marginación que sufren los fundadores de la Independencia pasadas las luchas.

Cortegana es un historiador autodidacta e intuitivo que se nutre del ambiente reivindicacionista de las décadas posteriores a la independencia. Su intención es brindar una versión de la historia de la independencia que vindique su propia actuación y la de otros peruanos que como él participan de manera decidida y decisiva en la gesta. Lo principal es su deseo de rectificar la visión que se tenía de los peruanos como actores pasivos en la gesta independentista.

Cortegana divide su historia en tres épocas: la incaica, la colonial y la emancipación hasta 1827. Con esto, Cortegana es inclusivo en su visión histórica y esto le sirve para mostrar que el Perú es una nación civilizada que ya contaba con una historia larga y gloriosa al momento de su independencia. Además, es inclusivo también de sectores étnico-culturales. Incluye a “los antiguos y presentes hermanos [los indígenas]” en la historia patria. En efecto, su relato es mayormente político-militar pero inserta, muchas veces en desorden, toda noticia que le parece de interés concerniente por igual a nativos o españoles. El tiempo virreinal es visto como negativo en un enfoque que busca ser cronológico. Tal como otros autores críticos del gobierno borbónico y defensores del *pactismo* de los habsburgos, Cortegana ubica la decadencia española en el siglo XVIII.

Sin duda, la parte más importante de su historia es la contemporánea. El contenido principal de su obra es la acción peruana en la Independencia y en esto se sabe haciendo una labor patriótica muy útil al país. En su mira está principalmente lo dicho por García Camba, Miller y Torrente en sus memorias y escritos cuando restan méritos a los peruanos, sobre todo en las batallas decisivas. Es por esto que Cortegana valora más la actuación de San Martín (inclusión de peruanos) que la de Bolívar (dictadura antiperuana). Por lo general, los personajes odiados por Cortegana integran los círculos cercanos al poder en Lima.

Pero no puede decirse que Cortegana sea un autor que, como provinciano, haya usado su discurso histórico para denigrar a la capital virreinal y recalcar su pasividad en los momentos álgidos de la lucha. En los hechos, el celendino Cortegana es marcadamente limeño-centrista, tal vez, por enfocar la historia de la independencia desde una perspectiva principalmente política. De haberse publicado en su momento, es muy probable que la historia de Cortegana hubiese coadyuvado a la afirmación de la tendencia nacionalista en el pensamiento histórico del Perú, tanto por rescatar el devenir incaico (aunque en un texto dudoso por su falta de originalidad y fundamentación), como en su enfoque patriótico del período colonial y, sobre todo, su reivindicación de lo peruano en la gesta fundacional de la nacionalidad peruana.

José María Córdova y Urrutia

José María Córdova y Urrutia (Lima, 1806-1850) es el primer autor publicado que muestra una historia completa del Perú ya en tiempos republicanos. El texto tiene el mérito de mostrar el advenimiento de un régimen republicano que promete prosperidad en el concierto de los pueblos civilizados luego de un prolongado régimen colonial. Córdova Urrutia muestra la continuidad de la historia peruana, pero de su genealogía de gobernantes incaicos, españoles y peruanos no se deduce una superación de períodos. Es, a todas luces, un texto representativo de esos sectores sociales y políticos influyentes que hacia la década de 1840 requieren afirmarse como protagonistas hegemónicos de un cambio que no se presenta claro y, por eso, se recurre a una afirmación “nacional” basada en un criollismo limeño convertido de prisa al republicanismo.

La historia del Perú de Córdova Urrutia está dividida –como su título lo anuncia– en tres partes: 1) Fundación del imperio de los incas; 2) Dinastía ultramarina; y 3) Perú independiente. La historia que narra está ordenada en función de los gobernantes en sus dos primeros momentos: incas y reyes españoles. Inclusive, y esto es de suma importancia, siguiendo textos anteriores otorga continuidad a la soberanía sobre el Perú una vez eliminado el Tahuantinsuyo al mencionar que Carlos V es el emperador número 15 del Perú y así sucesivamente hasta Fernando VII quien resulta siendo el emperador número 26.

La historia de Córdova Urrutia es lineal y positiva, incorporando las tres épocas señaladas a una sola tradición sin solución de continuidad. La orientación es, sin duda, cautelosa cuando no conservadora en su intención de presentar una historia aceptable en cada momento. Pero no por ello deja de tomar partido y lo hace en lo que él entiende es el interés de los sectores dominantes en Lima. Así, no oculta su rechazo a las diversas rebeliones que protagonizan los indígenas contra el régimen colonial español. De esta manera, justifica también un régimen como

el español que ya en su tiempo es visto de manera creciente como positivo por las élites capitalinas.

Córdova Urrutia presenta una historia afirmativa con algunas atingencias. El texto refiere las maravillas de la agricultura incaica, las leyes justas, la medicina, la astronomía y, claro, las hazañas y grandes obras de cada uno de los incas. Con esto, Córdova Urrutia resalta principalmente los aspectos formales y materiales de la civilización incaica, pero menos entusiasmo demuestra al presentar a la sociedad incaica como feliz al estilo de Garcilaso. Es que, en la línea del patriotismo criollo peraltiano, Córdova Urrutia considera que el descubrimiento de América fue el acontecimiento más importante de la historia del género humano.

Sin embargo, se aleja de Peralta al matizar la aseveración indicando que la conquista hubiese sido mucho más grande si el conquistador hubiese llevado al cabo el alto grado de civilización de los nativos, de cuya capacidad no duda el autor. Es decir, el autor manifiesta una tendencia que tomará cuerpo posteriormente de presentar el atraso de los indígenas de los Andes como producto del colonialismo español y no de la república.

En cuanto a la independencia, Córdova Urrutia sigue la versión que se imponía en los círculos políticos e intelectuales limeños acerca de la actuación de los dos protagonistas centrales de la gesta: la preferencia hacia San Martín por haber actuado con moderación como protector del Perú y el rechazo a Bolívar por su autoritarismo y la dictadura que estableció. Más importante es que Córdova Urrutia relaciona el proceso separatista de España con la incorporación del Perú a la esfera de influencia de Inglaterra. Desde ya, el autor considera que la independencia se inicia cuando hacia 1778 la corona española se ganó la enemistad de Inglaterra al apoyar la autonomía de sus colonias en Norteamérica. De esta manera, el proceso separatista aparece como un paso trascendental en el cambio de orientación de Hispanoamérica hacia la modernidad que el capitalismo inglés representaba en el siglo XIX. De manera sintomática, no menciona la distinta orientación política y religiosa del mundo anglo-sajón que servía de nuevo modelo de desarrollo económico.

La misma división de la obra en tres “épocas” es clara al definir a la independencia como equivalente a las otras dos anteriores, en lo que coincide con Cortegana y Valdez. Así, el régimen independiente gana carta de ciudadanía en el devenir del país dando un paso más hacia la constitución de una nueva imagen histórica que mira el pasado peruano como una larga trayectoria de glorias y penurias que desemboca en un nuevo siglo de prosperidad y felicidad republicana, según una teleología débilmente sustentada acerca de las bondades del régimen republicano y su entroncamiento en las “épocas” históricas anteriores del país. Esta tarea la realizará posteriormente con mayor éxito Sebastián Lorente.

En resumen, la versión de José María Córdova Urrutia es muy pobre tanto en la información proporcionada como en la reflexión que le merece la exposición de los hechos, pero es un primer intento por justificar históricamente la formación de un Estado nacional que, sobre las ruinas de un régimen considerado decadente pero legítimo como el colonial, se inserta gracias a la proeza de la independencia en el mundo moderno⁶.

Mariano Pagador

Militar como otros autores de textos contestatarios de historia patria y miembro fundador de la Sociedad de los Fundadores de la Independencia del Perú, Pagador publica en 1847 en fascículos y en 1848 como libro una historia que llama *Floresta española peruana*, en la que busca reivindicar la participación peruana en la gran “epopeya” de la independencia y, en particular, la acción de su padre, mártir de la conspiración patriota del Real Felipe del Callao en 1818.

La intención de resaltar los logros del Perú libre, miembro de la comunidad de naciones civilizadas, se aprecia mejor en la versión que da a la prensa en 1872 y que ahora llama *Floresta española-americana*. En esta nueva edición, el ahora coronel Pagador pretende abarcar a toda Hispanoamérica pero los temas no peruanos son escasos y dedicados principalmente a la historia de Nueva Granada. En el espíritu de su tiempo, Pagador subraya el progreso (“floresta”) del Perú luego de la independencia.

Divide también la historia en tres períodos en los que va estableciendo sus características pero asume elementos legendarios y providencialistas como verdaderos, continúa aferrado a una visión ingenua de la historia repitiendo lo señalado por la Leyenda Negra sobre los indios⁷, o presentando una visión idílica del “Tabantinsuya”, aunque matizándola con críticas para no entorpecer su declaración de la modernidad como un tiempo de perfección⁸. Lo mismo ocurre con la conquista y el tiempo colonial. Para la conquista, Pagador aplica un enfoque peraltiano tanto en su elogio a Francisco Pizarro como en su actitud positiva de los encomenderos rebeldes⁹, pero su visión general del tiempo español es negativa por ser un régimen represivo y esto le permite comparar con ventaja el régimen

⁶ Raúl Porras Barrenechea, *Fuentes históricas peruanas. Apuntes de un curso universitario*, Juan Mejía Baca y P.L. Villanueva Editores, 1954, pp. 474, 475.

⁷ Por ejemplo Mariano Pagador, *La floresta española-americana. Compilación de la historia de América en general y en particular del Perú. Segunda edición, corregida y aumentada por el coronel...*, 3 vols., Imprenta del Estado, Lima, 1872, vol. I pp. 44, 54 y 60.

⁸ *Ibidem*, vol. I, pp. 33, 36, 40, 43, 45 y 48.

⁹ *Ibidem*, vol. I, pp. 98-99 y 268-288

independiente y republicano. La libertad ha posibilitado avances tanto en la economía como en la demografía¹⁰.

Los cuatro textos citados en este acápite y, en particular, el de Córdova Urrutia, sirven para demostrar las ventajas de la historia reciente. Todos dividen la historia patria en tres etapas, teniendo a la republicana como la cima del progreso. Sin embargo, no presentan la trayectoria histórica del país como una línea continua en la que se pueda distinguir la idea de ligar los períodos en una sola tendencia progresiva que demuestre los vínculos entre los períodos componentes de un devenir glorioso. Acaso, Córdova Urrutia está más cerca de ese ideal decimonónico. De otro lado, los cuatro textos analizados muestran que la historiografía peruana de 1840 estaba en sus inicios en cuanto a los fundamentos técnicos necesarios para sustentarse con el rigor que la historiografía europea contemporánea exigía.

Sobre esto último hay que señalar que recién a mediados del siglo XIX, el país (en realidad, Lima) cuenta con un museo, un archivo histórico y una biblioteca. Las tres instituciones funcionaban de manera deficiente y hasta en el mismo local durante un tiempo.

Entre godos y criollos

Tras la independencia y con la afirmación de las ventajas del régimen republicano independiente sobre el régimen colonial, se crea un vacío importantísimo en la identidad del Perú como comunidad que tiende hacia la conformación de su nacionalidad. La historia negativa acerca de la labor y la herencia de España en Hispanoamérica que prevalece en las primeras décadas republicanas cuestiona las bases identitarias del Perú y los peruanos como parte integrante del mundo español y católico en medio de la apertura hacia otras tradiciones e influencias políticas, culturales y religiosas.

Esta búsqueda de identidad en la historia pone en alerta tanto a los sectores conservadores como a los liberales que estaban interesados en superar la ambigüedad que suponen los primeros atisbos de la historiografía republicana. Es en este contexto en que se presentan dos versiones muy diferentes y que persiguen propósitos políticos y culturales también distintos y cada una por su lado da lugar a interpretaciones históricas de larga vigencia en el país. De un lado, el sacerdote Bartolomé Herrera recurre a una versión providencialista de la historia para establecer que la tradición española y católica es y debe seguir siendo el fundamento de la identidad del Perú independiente, mientras que, de otro lado, el liberal chileno Benjamín Vicuña Mackenna resume lo que venía siendo motivo de discusión en los textos reivindicativos sobre la participación efectiva de peruanos en la gesta

¹⁰ *Ibídem*, vol. I, pp. 72-89, 95, 121-126.

separatista en un texto que consagra la idea de un rompimiento desde dentro poniendo a Lima como la principal protagonista.

Bartolomé Herrera y la historia divina

El enfoque antiespañol está lejos de ser el hegemónico en la historiografía peruana de entonces y Bartolomé Herrera es uno (de seguro, el más importante) entre quienes, pasada la independencia, piensan que el Perú es parte del mundo occidental y cristiano a través de España. Peralta identificaba también al Perú como parte del imperio español, pero Bartolomé Herrera va más allá subrayando su pertenencia a la iglesia católica una vez eliminado el lazo colonial que daba estabilidad política, garantizaba el orden social y el dominio cultural en el país. Herrera hace una *desapropiación* más radical aun que la que hiciera Peralta al, ahora sí, eliminar del todo lo prehispánico de la historia del Perú. Bien podría considerarse que Herrera crea un paradigma nuevo en la historiografía peruana (hispano-católico republicano). Sin embargo, el modelo por él propuesto tendrá mayor vigencia en la historiografía del siglo XX en tanto que antes de la Guerra con Chile sólo restaura el tema de lo español y lo católico en la historia del Perú.

Bartolomé Herrera Vélez (Lima 1805 - Arequipa 1864), sacerdote de enorme autoridad en las doctrinas políticas en el país. Más que como historiador, es más conocido por su doctrina ultramontana de la *soberanía de la inteligencia* expuesta en 1846. Sin embargo, su visión de la historia peruana ha de tener tal crédito en la historiografía peruana que hasta la actualidad sigue vigente en medios conservadores. Gran orador y polemista en medios de prensa, su carrera pasa por cargos de gran influencia en la política y en la educación y, en especial, en Convictorio de San Carlos del que fuera rector. En la política, Herrera fue consejero de Vivanco, diputado (presidente de su cámara), ministro de justicia, instrucción, culto y relaciones exteriores del gobierno de José Rufino Echenique y plenipotenciario en Roma con el Papa Pío IX para pactar el concordato (1852-1853). Herrera encabeza el rechazo a la constitución liberal de 1856 y su remplazo por la moderada-conservadora de 1860. Cumplida esa labor asume el obispado de Arequipa.

El discurso del 28 de julio de 1846 –joya del pensamiento ultra-conservador y reaccionario en el Perú– es famoso por la doctrina expuesta acerca de la soberanía de la capacidad. Por encargo del presidente Ramón Castilla, Herrera lee el discurso en el Té Deum por los 25 años de la proclamación de la independencia ante las principales autoridades políticas, eclesiásticas, culturales y diplomáticas. También por iniciativa del gobierno, ese mismo año Herrera publica el discurso agregándole una serie de notas aclaratorias que son tan importantes como el propio texto original.

Con Herrera, la historia vuelve a ser providencialista. Al igual que muchos otros autores anteriores, Herrera ve en el incario un momento de preparación de los Andes para recibir el Evangelio. En palabras del discurso de Herrera,

El imperio de los Incas, a quien Dios envió a reunir y preparar estos pueblos, para que recibiesen la alta doctrina de Jesús, había llegado al mayor grado de prosperidad y de adelanto posible, atendiendo su aislamiento. Los principios fundamentales, sobre [los] que Dios ha establecido el orden del mundo moral, eran su lejislacion. La tierra estaba arada ya y dispuesta para recibir el Evangelio¹¹.

Siguiendo el argumento de esta afirmación, Herrera revela el *secreto* de Dios, el *deux ex machina*: Dios elige a la corona española para cumplir la tarea por la fuerza que ha cobrado España con la unión de Castilla y Aragón, y la toma de Granada: los Reyes Católicos “eran entonces los más a propósito para traer la civilización completa, esto es cristiana, a los vasallos de los Incas”. Además, la mano de Dios dispone la guerra civil entre Huáscar y Atahualpa para facilitar las cosas a la España “ansiosa de propagar la fe y de ensanchar sus dominios”. Herrera concluye que “el Perú necesitaba ya el bautismo: España extendía sus brazos vigorosos para recibir en ellos pueblos que ofrecer a la Iglesia”¹².

En su afán por confirmar lo predestinado del proceso de creación del Perú católico y español, Herrera hace ver que Dios envía a Cristóbal Colón para que el Perú sea conocido por España y se cumplan sus designios. Los españoles destruyen los ídolos nativos despejando el camino para la soberanía del Dios cristiano, el “verdadero Pachacámac”, y así poder fundar “el nuevo Perú, el Perú *español y cristiano* cuya independencia celebramos”¹³.

Esta última frase resume la concepción de Herrera acerca de la trayectoria histórica del país. El Perú es un país español y cristiano situado en América del Sur. Herrera explica en una nota la extensión que esto tiene:

Basta tener ojos para saber que el Perú de ahora no es el de los Incas. Las razas que España trajo a habitar en este suelo han formado con la indígena un pueblo nuevo enteramente. Todos sentimos, como miembros del cuerpo social creado por los españoles y animado por el espíritu español, que su ser, sus necesidades íntimas, todo en él es diverso del que gobernaron los Incas; y que por consiguiente es también diverso su destino del que se consumó en aquel imperio con la muerte de él al descubrirse la América. Es tan claro esto

¹¹ Bartolomé Herrera, *Escritos y discursos*, 2 vols., Edición de Jorge Guillermo Leguía, Lima, 1929-1930, vol. I, p. 74.

¹² *Ibidem*, vol. I., p.75.

¹³ *Ibidem*, vol. I., pp. 75-76. Enfasis en el original.

que no merecía la pena de decirse; y con todo es necesario decirlo, porque hay quienes lo hayan olvidado.

En realidad, un país *nuevo* formado por españoles e indígenas no implica una fusión igualitaria. Herrera era profundamente contrario a considerar al indígena como par pues para él es la inteligencia el don que marca la diferencia entre quienes pertenecen a una sociedad con todos los derechos y quienes simplemente no.

El Perú –continúa– “es y será siempre nuestra patria, como lo es de nuestros hermanos los indios, la que la naturaleza nos dio a todos”. El imperio de los incas no es *nuestra patria*. Concluye Herrera la aclaración reiterando que ya es hora de reconocer

que el imperio de los Incas desapareció hace tres siglos; que el pueblo que existe en el territorio que no se ha desmembrado de aquel imperio, es un nuevo Perú, *el Perú español y cristiano* no conquistado sino creado por la conquista; y que, lejos de tener motivo de queja por aquel hecho inmortal de los españoles del siglo 16, debemos a estos la gratitud y la veneración que los hijos, sean cuales fueren las faltas de sus padres, no pueden negarles sin pasar por desnaturalizados y horrorizar al universo¹⁴.

Al igual que Peralta, concluye Herrera que la conquista es un hecho de enorme importancia en la historia de la humanidad.

Herrera acepta la independencia pero indicando que se produce bajo los principios “falsos” de la Revolución Francesa y, por eso, la república debe rectificar la situación creada. La separación era inevitable y, para explicarla, Herrera recurre a una argumentación que aparece en la *Carta* de Viscardo Guzmán a fines del siglo anterior: la *madurez* de la nación peruana en el seno de la nación española. Expone así su razonamiento:

Tres siglos nos llevó la madre patria en sus brazos. Nos aseguró el catolicismo, la unidad de la fe que se iba perdiendo, junto con el orden y el reposo público en Europa; nos comunicó sus costumbres, sus leyes, su ciencia, su sangre, y su vida; nos formó nación. Pero una nación es un conjunto de medios ordenados por la Providencia, para que cumpla sus miras con inteligencia y con voluntad propia. Era preciso, pues, que la nación peruana cumpliera de este modo su destino.

Herrera vincula la nación con lo racial, lo cultural y lo religioso para que la nación peruana entre fácilmente en la nación iberoamericana. Al igual que autores criollos desde al menos el siglo XVII, Herrera circscribe su atención a los criollos, quienes coinciden en raza con los peninsulares. Dice Herrera que la nación es

¹⁴ *Ibidem*, vol. I., pp. 87.

“un conjunto de hombres que forman una raza aparte, que por su lengua, por su religión y por sus hábitos, tienen más semejanza y más vínculos entre sí que con el resto del género humano”¹⁵.

La nación peruana debe cumplir una misión que asegure su destino nacional. En esto, sin embargo, también interviene la mano divina. Dios, que “muda los tiempos y las edades y que transfiere y constituye los reinos”, según cita Herrera (1929-1930) a Daniel (c. II v. 21), hace que en toda la América surjan “varones esforzados que proclamasen el principio de la emancipación”¹⁶.

Con esto, Herrera cambia los términos de la discusión: la independencia es un proceso de maduración biológica que desemboca en la *emancipación* de una colonia (hija) que ya puede vivir sin la tutela de su metrópoli (madre). Es más, en un argumento que también será desarrollado posteriormente por la historiografía conservadora, Herrera niega el carácter colonial del dominio español por haber éste sido de consenso. Es decir, los territorios españoles de ultramar más que colonias eran partes del reino español. De acuerdo con el derecho político y de gentes, la obediencia pacífica y espontánea de los súbditos da legitimidad a los gobiernos y en Hispanoamérica los súbditos colaboran con erogaciones voluntarias con la corona española y todo esto demuestra que

formábamos una parte de la gran nación que gobernaba el rei de España e Indias. Era preciso pues que no conociésemos el patriotismo, para no amar a esa nación que era nuestra patria, ni a ese gobierno que era nuestro gobierno.¹⁷

Como se ve, la *emancipación* también es obra de la providencia divina. Con esto, Herrera descarta la discusión de si Lima participa o no en la gesta. La obra de Dios no se discute. La única fuente del derecho a la separación la encuentra Herrera en la voluntad divina. Reconoce Herrera que este es un procedimiento diferente a lo hecho antes, “pero es también elevar la independencia de la clase de mero capricho a la de derecho: es darle un carácter *sagrado e inviolable*.”¹⁸

De esta manera, Herrera abre la puerta para revalorar la imagen española del Perú y de la nación peruana en tiempos en que la influencia de la modernidad noreuropea y protestante viene incrementándose en desmedro de la hispanidad y el catolicismo con los que los sectores sociales dominantes se han identificado por tres siglos. Peralta es modificado para dar cabida a un Perú español sin España y que, gracias al desarrollo de la conciencia criolla, ha alcanzado su madurez como para separarse de su metrópoli (madre) a fin de iniciar una nueva vida autónoma.

¹⁵ *Ibidem*, vol. II., pp. 106, 107.

¹⁶ *Ibidem*, vol. I., p. 78.

¹⁷ *Ibidem*, vol. I., p. 92.

¹⁸ *Ibidem*, vol. I., p. 94.

La independencia no se entiende como una ruptura política y cultural, sino como una separación “biológica”: *emancipación*, y hasta “ordenada” y conducida por el Cielo.

Esta visión, políticamente conservadora, sigue su curso en la historiografía peruana (sobre todo, la limeña), que de manera creciente tiene en lo colonial español un tema central de sus intereses. Es cierto que la visión histórica de Herrera tendrá que esperar al siglo siguiente para alcanzar su aceptación y desarrollo por la historiografía hispanista, pero ya en el XIX se reivindica la historia colonial luego de haber sufrido las inclemencias de las batallas ideológicas durante la guerra separatista. Historiadores como Manuel de Odriozola, Manuel de Mendiburu, Manuel Atanasio Fuentes, José Toribio Polo y hasta literatos como el liberal Ricardo Palma reconocen la superioridad del Perú republicano con respecto a sus períodos anteriores, pero cada quien a su manera retoma lo colonial como un tiempo de vigencia de elementos vinculantes y valores positivos en la formación de la nación peruana.

Vicuña Mackenna y el separatismo criollo

Hacia mediados del siglo, la independencia ya ocupaba el sitio de hito fundacional en el discurso de la nueva nacionalidad peruana republicana. Pero, los criollos peruanos resentían no poder presentarse de manera clara y tajante como los gestores y los vencedores en tan magno evento. La victoria en la guerra era, al fin de cuentas, el sustento del régimen de dominio político y cultural de los criollos, del predominio de Lima y de la costa sobre el resto del país.

Las historias anteriores mencionan la participación peruana, incluso la participación de Lima en la gesta. Sin embargo, esto se hace con cortedad, con miedo a ser desmentido, con temor de no ser convincente. Si, de todas maneras, estaba más clara la participación de los criollos, mestizos e indios de las provincias en las acciones separatistas desde tiempos atrás, lo más controversial resultaba la actitud de los grupos y personajes poderosos en el último tramo del virreinato. Herederos de estos últimos por vínculos sociales y a veces de parentesco, los nuevos grupos y personajes poderosos ahora republicanos, requieren cambiar la imagen negativa a través de una rectificación de la versión histórica que se manejaba.

En mucho se debe al historiador chileno Benjamín Vicuña Mackenna (1831-1886) la versión que dará la seguridad necesaria a los criollos limeños (o residentes en Lima) para presentar una imagen triunfante de su papel en la separación política de España y en la creación de la república independiente. Es decir, no solamente dar una imagen positiva de su participación, sino también dar sentido a la historia reciente de rivalidades, caudillaje y corrupción como parte de la gesta forjadora de ese país rico e influyente por ellos dirigido.

Historiador romántico, Vicuña Mackenna se plantea escribir una historia abarcadora del proceso independentista en el Perú pero solo alcanza a culminar un ensayo que fue dando a conocer por entregas en las páginas del periódico *El Comercio* y que, sin terminar de publicar por esa vía, decide publicarlo en un volumen separado (1860).

Pese a subrayar que su contribución no es la definitiva, la arrogancia de Vicuña Mackenna y el desprecio que manifiesta hacia los peruanos debieron caer muy mal en los círculos intelectuales y políticos del país. El texto de Vicuña Mackenna es mayormente una reflexión acerca de los aspectos que le interesa resaltar del proceso separatista en el Perú en base a papeles del archivo del congreso, del municipio de Lima y la Biblioteca Nacional, correspondencia de O'Higgins, pero también lo que él llama “tradición oral”, es decir, entrevistas a participantes en los hechos estudiados “en esta capital tan rica de recuerdos y tan favorecida por la existencia de hombres eminentes”¹⁹.

El ensayo está dividido en cuatro capítulos. El primero “La Independencia del Perú considerada en sí misma”, sostiene que “la independencia fue en sí misma una ley de tiempo”, haciendo eco de la idea organicista ya esbozada por Viscardo Guzmán y Bartolomé Herrera —a quienes no menciona— que relaciona la separación con un proceso de maduración histórica de los criollos y con “una ley de Dios en su inmensa creación”. Así como la América indígena desapareció con la conquista y, en su lugar, se levantó la América criolla (colonial), ahora tocaba el turno a una América criolla, republicana e independiente. En Ayacucho se da, más que una batalla, la capitulación de un sistema vencido, caduco, acabado.²⁰

Vicuña Mackenna considera un error el tener al Perú como un centro tan solamente reaccionario, contrario a la separación. “El Perú, o más bien Lima, que políticamente era en el coloniaje el Perú mismo, tenía un rol aparte que llenar en el gran trastorno americano [...] porque existiendo una lucha debía aparecer la resistencia [...] Lima fue, pues, la ciudadela de la metrópoli [...]. Lima, así, cumple un papel ineludible en toda lucha: aunque el suyo hubiese sido un papel reaccionario, era un papel importante. Con esto está dándole a los limeños un argumento poderoso para su reivindicación: la lealtad a la corona en Lima era casi un mandato de la providencia²¹.

¹⁹ Benjamín Vicuña Mackenna, *La revolución de la independencia del Perú desde 1809 a 1819 (Introducción histórica que comenzó a publicarse en El Comercio de Lima, en forma de artículos críticos, con el título de Lord Cochrane y San Martín)*, Imprenta del Comercio por J.M. Monterola, Lima, 1860. pp. 32 - 34. Jorge Basadre, *Historia de la República del Perú*, Ediciones Historia, Lima, 1961 - 1963, T. III, pp. 1374, 1375.

²⁰ Benjamín Vicuña Mackenna, *La independencia en el Perú*, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires y Santiago de Chile, 1971, pp. 5, 6.

²¹ Vicuña Mackenna, *La independencia...*, pp. 13 - 20.

Afirma que en Lima sí hubo la idea de separarse de la metrópoli haciendo una genealogía desde los escritos de Hipólito Unanue en el *Mercurio Peruano* en 1793 que influyeron en generaciones de peruanos. Y aunque señala algunos que fueron “tímidos y hasta fracos reaccionarios” (con ejemplos de abogados, la Universidad de San Marcos y la municipalidad), destaca la gran actividad patriótica entre los limeños con la figura de un *carro de la revolución* que todos empujaban. Algo que, de seguro, debió saber delicioso a los criollos limeños encumbrados, fue la aseveración de la participación en el lado patriota de hombres y mujeres de la aristocracia limeña, que “comenzaba a sentir el secreto aguijón del americanismo”²².

El segundo capítulo, “La Independencia del Perú considerada en las luchas que la precedieron”, está dedicado a señalar que, a diferencia de los demás países de Sudamérica, en el Perú la rebeldía en contra del dominio español se da desde la conquista, desde Gonzalo Pizarro a Túpac Amaru, desde Fernández Girón a Salcedo, desde el “traidor Aguirre” a Pumacahua. Vicuña Mackenna da preferencia a lo criollo en su relación de actitudes rebeldes a lo largo del período colonial. Antes de dar una larga lista de “movimientos” rebeldes en el Perú Vicuña Mackenna sentencia:

Pero el movimiento puramente criollo y americano que produjo la emancipación y cuya primera aparición eminentemente criolla nos ha parecido trazar en Quito catorce años antes del levantamiento de Túpac Amaru y del coetáneo del Socorro en 1780, sólo vemos una evidencia comprobada en aquel melancólico episodio de los anales del Cuzco (la ciudad de los mártires americanos) que hizo subir a una horca al patriota Ubalde en 1805²³.

De esta manera, se niega la primacía y hasta la importancia de la rebeldía indígena y mestiza en el proceso separatista. En general, Vicuña Mackenna (1971) quita todo mérito a los no criollos y, cuando no tiene escapatoria, presenta los hechos como excepcionales. Por ejemplo, al hablar de uno de los discípulos de Unanue, el médico conspirador Gabino Chacaltana, lo reconoce como “hombre de considerables talentos, aunque de raza indígena”²⁴.

Para justificar mejor su aseveración, Vicuña Mackenna no solo incluye manifestaciones peruanas y otras que estuvieron muy lejos de ser anticoloniales (levantamiento de Salcedo en Puno y de los vizcaínos en Potosí, por ejemplo) o lejos de ser rebeldes (como las incursiones de corsarios europeos), sino que también se apropió de la rebeldía de indígenas y negros en una suerte de “calendario cívico” de tiempos coloniales que se inicia en 1492 con un motín en una de las carabelas

²² *Ibidem*, pp. 46 - 48.

²³ *Ibidem*, p. 55.

²⁴ *Ibidem*, p. 71.

de Colón.²⁵ Con esto les dice a los criollos limeños que ellos sí protagonizaron la independencia, hace una separación entre precursores y actores, y sustenta la no participación de los indígenas en la gesta, asunto crucial en la definición de los resultados políticos y culturales de un evento que es considerado como fundador del país como nación.

El tercer capítulo “La Independencia del Perú desde sus primeros levantamientos armados hasta los preparativos de la invasión de San Martín”, es una relación de manifestaciones en Tacna y Huánuco pero pone énfasis en la de los Angulo en el Cusco, “poderoso levantamiento conocido generalmente con el nombre de Rebelión de Pumacahua”. La imagen que Vicuña Mackenna da de la rebelión de 1814-1815 es más la de una manifestación de los criollos cusqueños y, “por su unidad, sus personajes singulares en lastimeros lances y su acción tan rápida y trabada”, la considera digna “de ocupar un lugar culminante en la historia”.²⁶

En el cuarto y último capítulo “La Independencia del Perú desde los primeros aprestos de la expedición de San Martín hasta la aparición en el Callao de la escuadra de Chile”, Vicuña Mackenna narra los episodios previos a la llegada de San Martín. Resalta la labor de los patriotas limeños en conspiraciones que equipara a las acciones más directas. Proporciona una relación de conspiraciones desde 1798 a 1819, “que salva al Perú del gran cargo de apatía vergonzosa en la reivindicación de sus derechos, como miembro de la gran familia americana, pues en verdad tanto esfuerzo hizo desde 1810 para alcanzar aquélla [independencia]”²⁷.

Al margen de la arrogancia del texto, el ensayo de Vicuña Mackenna es una entrada importante a una revaloración del lugar que tuvieron los peruanos (en especial, los criollos limeños) en la gesta separatista. En este texto, los limeños tienen un apoyo para reescribir la historia de la independencia como un hecho heroico en que ellos participan de manera decidida y decisiva. La reescritura de la historia peruana dará como resultado un relato glorioso que se inicia con la independencia, que tiene a Lima y a los limeños como protagonistas centrales y, en consecuencia, la sierra y los demás grupos étnico-culturales del país tienen a lo más una actuación secundaria.

En realidad, Mariano Felipe Paz Soldán no requería de la “ayuda” del historiador sureño para desarrollar su propia visión reivindicatoria de la participación de los criollos peruanos en la independencia, pero el texto de Vicuña Mackenna –aparecido ocho años antes que el suyo– incide en el tema e influye en otros autores, incluyendo a Sebastián Lorente, cuyo texto es publicado dos años antes que el de

²⁵ *Ibidem*, p. 55.

²⁶ *Ibidem*, pp. 152 - 173.

²⁷ *Ibidem*, pp. 266, 267 nota.

Paz Soldán. Paz Soldán se negó a proporcionar información a Vicuña Mackenna pues él estaba escribiendo su historia en los momentos que sus ocupaciones políticas se lo permitían.

Se debe, precisamente a Sebastián Lorente y a Mariano Felipe Paz Soldán la aparición de las dos principales versiones de la historia peruana republicana de ese entonces. Pero esto es una historia muy diferente a la hasta aquí contada.

La historia “patriótica” se hace “nacional” tras la Confederación de 1836-1839. La consolidación del Perú como país con sus fronteras delimitadas, con sectores dominantes en lo social, económico y cultural que están construyendo un Estado que pretende ser nacional, y la proyección económica hacia nuevos mercados mundiales, todo esto pone a la historia como una prioridad. Las élites peruanas (principalmente en Lima) necesitaban dar cuenta de una historia antigua y reciente que fuese el nuevo sustento de su identidad como sector hegemónico en el país.

El resultado es una historiografía que continúa siendo controversial y en competencia pero que pretende dar respuestas a las interrogantes que el pasado presentaba para un porvenir que entonces se vislumbraba como promisorio.

Bibliografía

- Basadre, Jorge, *Historia de la república del Perú*, 5^a edición, Ediciones Historia, Lima, 1961 – 1963.
- Córdova y Urrutia, José María, *Las tres épocas del Perú o compendio de su historia*, Imprenta del Autor, Lima, 1844 [1845].
- Guerra, François-Xavier y Mónica Quijada (eds.), *Imaginar la nación*, Hamburgo, Cuadernos de Historia Latinoamericana, AHILA, Hamburgo, 1994.
- Herrera, Bartolomé, *Escritos y discursos*, Edición de Jorge Guillermo Leguía, Biblioteca de la República, 2 volúmenes, Lima, 1929 – 1930.
- Hobsbawm, Eric J. and Terence Ranger (eds.), *The Invention of Tradition*, Cambridge University Press, Cambridge, 1983.
- Kellas, James G., *The Politics of Nationalism and Ethnicity*, St. Martin's Press, New York, 1991.
- Lorente, Sebastián, *Historia del Perú, compendio para el uso de los colegios y de las personas ilustradas*, Aubert & Loiseau, Lima, 1866.
- Lorente, Sebastián, *Historia de la civilización peruana*, Imprenta Liberal, Lima, 1879.
- Pagador, Mariano, *La floresta española-peruana*, s/e, Lima, 1848.

Pagador, Mariano, *La floresta española-americana. Compilación de la historia de América en general y en particular del Perú. Segunda edición, corregida y aumentada por el coronel....* Imprenta del Estado, 3 volúmenes, Lima, 1872.

Paz Soldán, Mariano Felipe, *Historia del Perú independiente*, Imprenta de El Nacional; Le Havre: Imprenta de Alfonso Lemale, 3 tomos, Lima, 1868-1874.

Porras Barrenechea, Raúl, *Fuentes históricas peruanas. Apuntes de un curso universitario*, Juan Mejía Baca y P.L. Villanueva Editores, Lima, 1954.

Quiroz Chueca, Francisco, “Clío contra el imperio: Historiografía anglosajona sobre Hispanoamérica en los siglos XVIII-XIX.” *Investigaciones Sociales*, 15, 2005.

Quiroz Chueca, Francisco, “Garcilaso y Peralta: una historia, dos interpretaciones.”, *Investigaciones Sociales*, 23, 2009.

Smith, Anthony D., *The Ethnic Origins of Nations*, Basil Blackwell, Oxford, 1986.

Smith, Anthony D., *National Identity*, Penguin, London, 1991.

Unanue, Joseph Hipólito, *Guía política, eclesiástica y militar del virreynato del Perú para el año de 1793*. Edición, prólogo y apéndices de José Durand, COFIDE, Lima, 1985.

Valdez y Palacios, José Manuel, *Bosquejo sobre el estado político, moral y literario del Perú en sus tres grandes épocas*, Biblioteca Nacional del Perú, Lima, 1971.

Vicuña Mackenna, Benjamín, *La revolución de la independencia del Perú desde 1809 a 1819 (Introducción histórica que comenzó a publicarse en El Comercio de Lima, en forma de artículos críticos, con el título de Lord Cochrane y San Martín)*, Imprenta del Comercio por J.M. Monterola, Lima, 1860.

La independencia en el Perú. Prólogo de Luis Alberto Sánchez, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires y Santiago de Chile, 1971.